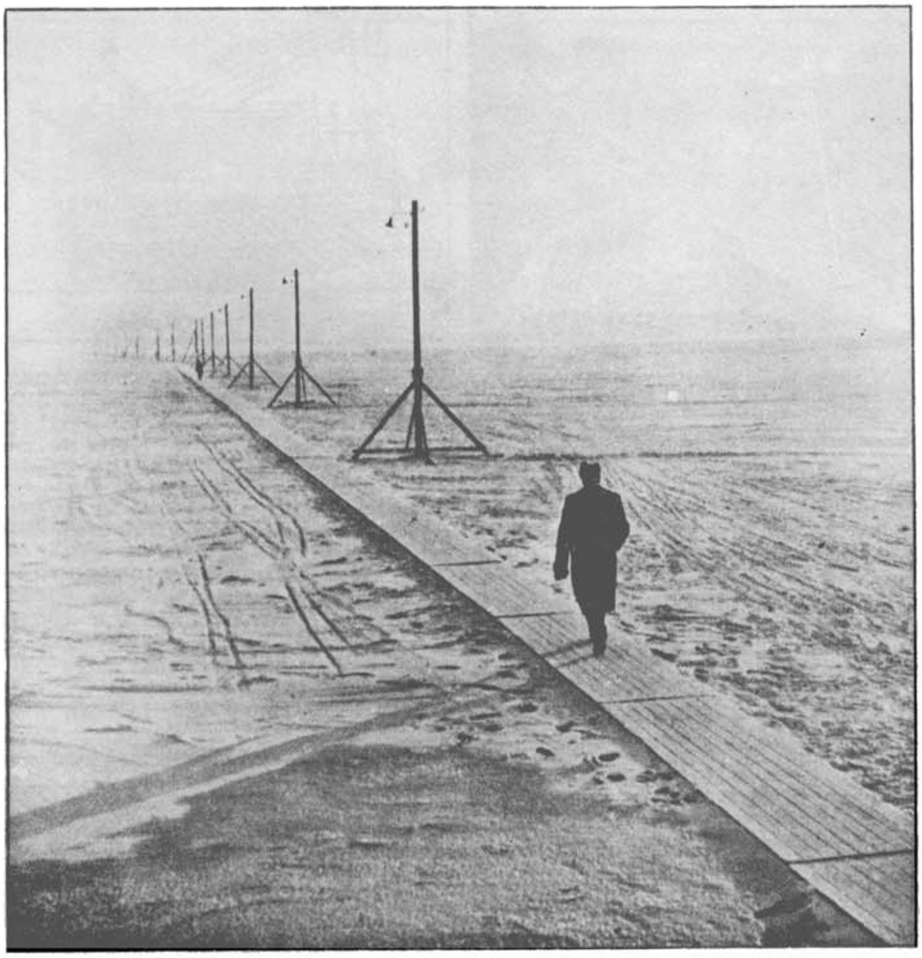
de su concepción idealístico-dialéctica") que impide la constitución de prácticas de transformación-revolución. Es así como Foucault, pero más que él Deleuze, Guattari, Lyotard (que constituyen su séquito de vulgarización) "inventan nuevos lenguajes", pero con "ceremonias vacías dejando suelta su propia impotencia".

En un siguiente número de Carrer de la Ciutat publicaremos una traducción del texto de Georges Teyssot, "Heterotopías e historia de los espacios", que podrá servir de explícito comentario al texto de la conferencia de Foucault que se encuentra en estas mismas páginas.



Espacios otros : utopías y heterotopías

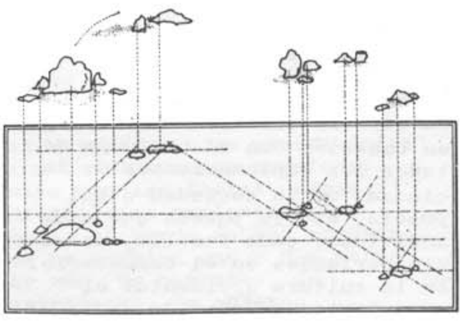
NOTA : En el prefacio a Les mots et les choses Michel Foucault escribía :

"Las utopías consuelan : porque aunque no tengan lugar real, se despliegan, sin embargo, en un espacio maravilloso y liso ; abren ciudades de grandes avenidas, jardines bien plantados, países benignos, aún cuando su acceso sea quimérico. Las heterotopías inquietan, sin duda porque zapan secretamente el lenguaje, porque impiden nombrar esto y aquello, porque quiebran los nombres comunes o los encabalgan, porque arruinan de antemano la "sintaxis", y no sólo la que construye las frases, -la menos manifiesta, la que "mantiene unidas" (juntas y enfrentadas unas y otras) las palabras y las cosas. Por ello las utopías permiten las fábulas y los discursos : están en línea recta con el lenguaje, en la dimensión fundamental de la "fabula" ; las heterotopías (como se las encuentra tan frecuentemente en Borges) disecan el propósito, detienen las palabras sobre sí mismas, contestan, desde su raíz, toda posibilidad de gramática ; desatan los mitos y reducen a la esterilidad el lirismo de las frases."

Este tema vendría desarrollado un año después en una conferencia pronunciada el 14 de marzo de 1967 en el Centre d'études architecturales de París, bajo el título "Espaces autres. Utopies et hétérotopies". Gran parte de esa conferencia es lo que publicamos en estas páginas.

El espacio en que vivimos, por el que somos atraídos fuera de nosotros mismos, en el que se desarrolla precisamente la erosión de nuestra vida, de nuestro tiempo y de nuestra historia, ese espacio que nos corroe y nos socava es en sí mismo (también) un espacio heterogéneo. Dicho de otro modo, no vivimos en una especie de vacío, en cuyo interior puedan disponerse individuos y cosas. No vivimos en el interior de un vacío que cambia de color como un tornasol, vivimos en el interior de un conjunto de relaciones que definen emplazamientos irreductibles entre sí, en ningún modo superponibles.

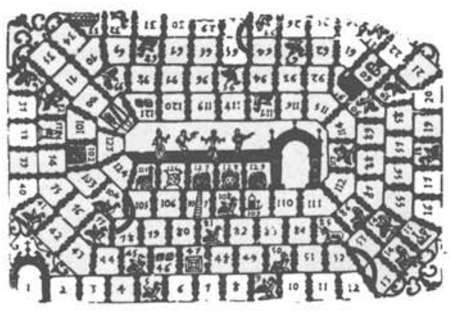
(...) Lo que me interesa son, de entre todos estos emplazamientos, algunos que poseen la curiosa propiedad de estar en relación con todos los demás emplazamientos, pero de una forma tal que suspenden, neutralizan o invierten el conjunto de relaciones que ellos mismos designan, reflejan o refractan.

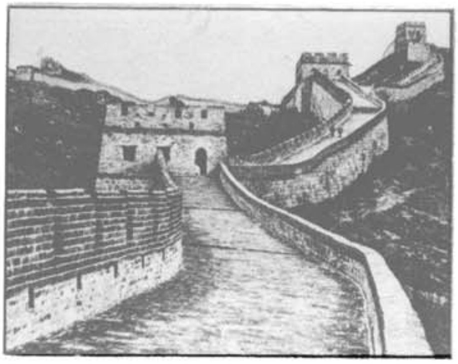


Estos espacios que, de alguna manera, están ligados con todos los otros, que contradicen sin embargo los otros emplazamientos, pueden ser de dos grandes tipos.

Están primero las utopías. Las utopías son emplazamientos sin lugar real. Son emplazamientos que mantienen con el espacio real de la Sociedad una conexión general de analogía directa o invertida. Es la sociedad misma perfeccionada o es el inverso de la sociedad pero, de todas maneras, estas utopías son espacios fundamental y esencialmente irreales.

Están también, y probablemente en toda cultura, en toda civilización, lugares reales, lugares efectivos, lugares destacados en la institución misma de la sociedad, y que son una especie de contra-emplazamientos, de utopías efectivamente realizadas en las cuales los emplazamientos reales, todos los demás emplazamientos reales que se pueden encontrar en el interior de la cultura, están a un mismo tiempo





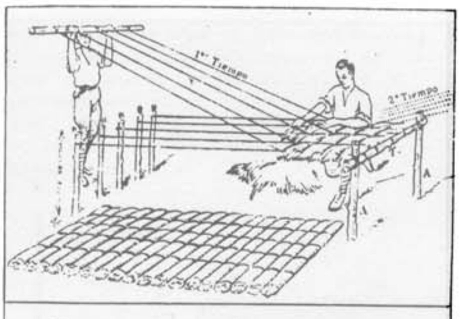


Fig. 33. — Modo de confeccionar un colchón de paja



Por la puerta de la izquierda entraron los ladrones, y por la de la derecha salió la anciana pidiendo auxilio. En su nerviosismo la habían encerrado en una habitación con salida a la calle

Ilustraciones: en la página anterior, arriba, pasarela en un lago helado, Finlandia; abajo, disposición de las piedras en el jardín del Ryon-ji, Japón; juego de la oca mallorquín, siglo XVII; en esta página, la gran muralla china; modo de confeccionar un colchón de paja; fotografía publicada en la prensa.

representados, contestados e invertidos ; especie de lugares que están fuera de todos los lugares, aunque sin embargo efectivamente localizables. Estos lugares, puesto que son absolutamente otros que todos los emplazamientos que reflejan y de los que hablan, los llamaré, por oposición a las utopías, las heterotopías.

(...) ¿Cómo se las podría describir, qué sentido tienen? Se podría inventar, no diré una ciencia porque es una palabra demasiado desgastada ahora, pero sí una especie de descripción sistemática que tendría por objeto, en una sociedad dada, el estudio, el análisis, la descripción, la "lectura", como se gusta decir ahora, de estos espacios diferentes, estos otros lugares, que son una especie de contestación a la vez mística y real del espacio en que vivimos ; esta descripción podría llamarse la heterotopología.

Primer principio: no hay probablemente una sola cultura en el mundo que no forme heterotopías. Son una constante de todo grupo humano. Pero las heterotopías toman formas que son muy variadas y tal vez no se pueda encontrar ni una sola forma de heterotopía que sea absolutamente universal. Mientras, podemos clasificarlas en dos grandes grupos:

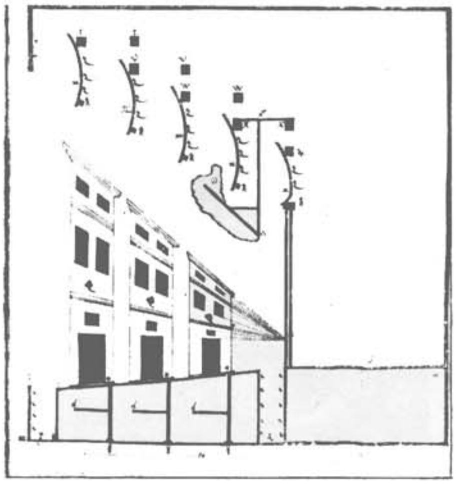
En las sociedades llamadas primitivas hay una cierta forma de heterotopías que llamaría heterotopías de crisis, es decir que hay lugares privilegiados o sagrados o prohibidos, reservados a los individuos que se encuentran, respecto a la sociedad y al medio humano donde viven, en estado de crisis. Los adolescentes, las mujeres en las épocas de menstruación, las mujeres en estado de parto, los ancianos, etc...

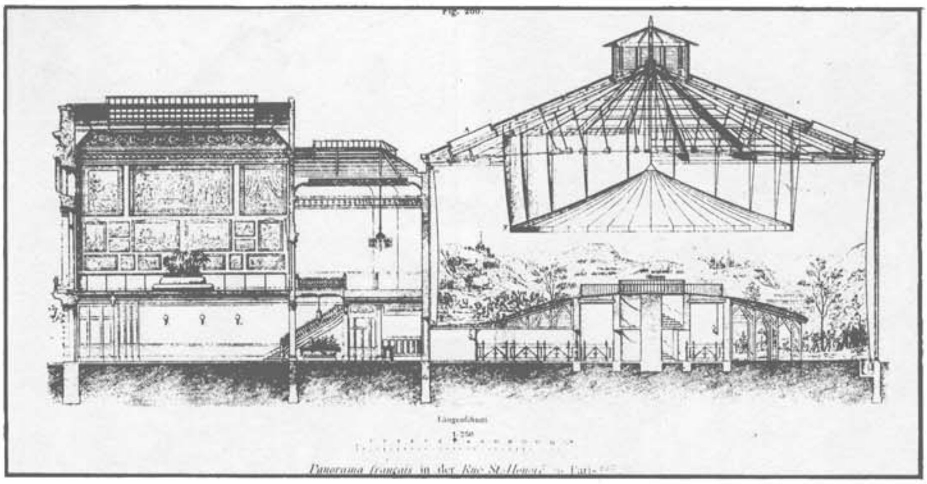
En nuestra sociedad, estas heterotopías de crisis van desapareciendo, aunque pueden encontrarse todavía algunos restos. Por ejemplo, el colegio bajo la forma del siglo XIX, o el servicio militar para los muchachos, han jugado ciertamente tal papel, al tener lugar las primeras manifestaciones de la sexualidad viril precisamente "en otro sitio", fuera de la familia. Para las muchachas existía, hasta la mitad del siglo XX, una tradición que se llamaba "viaje de bodas" ; era un término ancestral. La defloración de la muchacha no podía tener lugar más que "en ningún sitio" y, en aquel momento, el tren, el hotel del viaje de bodas, eran ese lugar de ningún sitio, esa heterotopía sin hitos geográficos.

Pero estas heterotopías de crisis desaparecen hoy y son reemplazadas, creo, por heterotopías que podríamos llamar de desviación: aquéllas en las que se coloca a los individuos cuyo comportamiento resulta desviado respecto a la media o a la norma exigida. Son las casas de reposo, las clínicas psiquiátricas ; son también, naturalmente, las prisiones y sin duda habría que juntarles los asilos de ancianos, que están de alguna manera en el límite entre la heterotopía de crisis y la heterotopía de desviación, porque después de todo la vejez es una crisis, pero también una desviación puesto que en nuestra sociedad donde el trabajo es la regla, la ociosidad forma una especie de desviación.

El segundo principio de esta descripción de las heterotopías es que, en el curso de su historia, una sociedad puede hacer funcionar de formas muy diferentes una heterotopía que existe y que no ha dejado de existir ; en efecto, cada heterotopía tiene un funcionamiento preciso y determinado en el interior de la sociedad y la misma heterotopía puede, según la sincronía de la cultura en la que se encuentre, tener un funcionamiento u otro.

Tomaré, por ejemplo, la curiosa heterotopía del cementerio. El cementerio es ciertamente un lugar otro respecto a los espacios culturales ordinarios, un espacio que está sin embargo en conexión con el conjunto de todos los emplazamientos de la ciudad, de la sociedad o del pueblo, etc... puesto que cada individuo, cada familia, se sabe con parientes en el cementerio. En la cultura occidental el cementerio ha existido prácticamente siempre. Pero ha sufrido importantes modificaciones. Hasta el final del siglo XVIII, el cementerio estaba situado en el corazón mismo de la ciudad, al lado de la iglesia. Allí existía toda una jerarquía posible de sepulturas. Estaba el osario en el cual los cadáveres perdían hasta la última traza de individualidad, estaban algunas tumbas individuales y estaban, después, las tumbas del interior de la iglesia. Estas eran de dos clases. Simples losas con una inscripción o mausoleos con estatuas... Este cementerio que se situaba dentro del espacio sagrado de la iglesia, ha tomado en las civilizaciones modernas un giro muy diferente y, curiosamente, es en la época en la que la civilización se ha convertido, como se dice muy groseramente, en "atea", cuando la cultura occidental ha inaugurado lo que se llama el culto a los muertos.
En el fondo, es bien natural que en la época en que se creía efectivamente en la resurrección de los cuerpos y en la inmortalidad del alma, no se haya prestado al despojo mortal una importancia capital. Al contrario, a partir del momento en el que no se está muy seguro de tener un alma, de que el cuerpo resucitará, es necesario, seguramente, poner mucha más atención a este despojo mortal que, finalmente, es la única traza de nuestra existencia entre el mundo y entre las palabras.
En todo caso, sólo a partir del siglo XIX cada uno ha recibido el derecho a su pequeña caja para su pequeña descomposición personal ; pero por otra parte sólo a partir del siglo XIX se han comenzado a situar los cementerios en el límite exterior de las ciudades. Correlativamente a esta individualización de la muerte y a la apropiación burguesa del cementerio, nace el tratamiento de la muerte como "enfermedad". Son los muertos, se supone, quienes ocasionan las enfermedades a los vivos, y es la presencia y la proximidad de los muertos al lado mismo de las casas, al lado mismo de la iglesia, casi en medio de la calle, es esta proximidad la que propaga la muerte. Este gran tema de la enfermedad propagada por el contagio de los cementerios ha persistido hasta finales del





siglo XVIII ; y sólo es en el curso del siglo XIX cuando se empieza a proceder al desplazamiento de los cementerios hacia los arrabales. Los cementerios constituyen entonces, ya no el viento sagrado e inmortal de la ciudad, sino "La otra ciudad", donde cada familia posee su negra morada.

<u>Tercer principio</u>: la heterotopía es el poder de yuxtaponer, en un solo lugar real, varios espacios, varios emplazamientos que son ellos mismos incompatibles entre sí. Es así que el teatro hace sucederse sobre el rectángulo de la escena toda una serie de lugares extraños los unos a los otros ; es así que el cine es una muy curiosa sala rectangular, al fondo de la cual, sobre una pantalla de dos dimensiones, se proyecta un espacio de tres dimensiones ; pero puede ser que el ejemplo más antiguo de estas heterotopías, en forma de emplazamientos contradictorios, sea posiblemente el jardín. No hay que olvidar que el jardín, asombrosa creación ya milenaria, tenía en Oriente significaciones muy profundas y como superpuestas: El jardín tradicional de los persas era un espacio sagrado que debía reunir en el interior de su rectángulo cuatro partes representando las cuatro partes del mundo, con un espacio más sagrado todavía que los otros que era como el lugar de llegada del cordón umbilical, el ombligo del mundo (es ahí que estaban el pilón y la fuente) ; y toda la vegetación del jardín se debía repartir en este espacio, dentro de esta especie de microcosmos. Los tapices, por su parte, eran en su origen reproducciones de jardines: (el jardín es un tapiz en el que el mundo entero llega a cumplir su perfección simbólica, y el tapiz es una especie de jardín móvil a través del espacio). El jardín es la parcela más pequeña del mundo y es también la totalidad del mundo. El jardín es, desde el fondo de la antigüedad, una especie de heterotopía feliz y universalizante (de ahí nuestros jardines zoológicos).

<u>Cuarto principio</u>: las heterotopías están ligadas, muy frecuentemente, a fisuras del tiempo, es decir que se abren sobre lo que se podría llamar por pura simetría heterocronías ; la heterotopía se pone a funcionar de lleno cuando los hombres se encuentran en una especie de ruptura absoluta con su tiempo tradicional ; se ve por ello que el cementerio es perfectamente un lugar heterotópico puesto que el cementerio comienza con esta extraña heterocronía que es, para un individuo, la pérdida de la vida y esa casi eternidad en la que no acaba nunca de disolverse ni de borrarse.

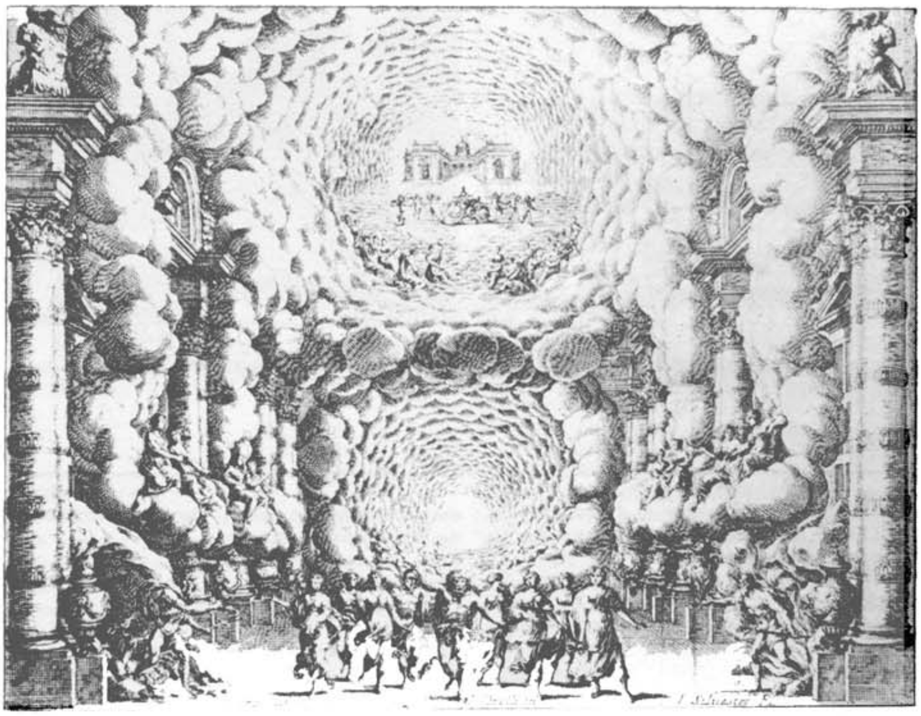
De forma general, en una sociedad como la nuestra, heterotopía y heterocronía se organizan y disponen de una manera relativamente compleja. Hay primero las heterotopías del tiempo que se acumula en el infinito, por ejemplo los Museos, las bibliotecas: museos y bibliotecas son heterotopías en las que el tiempo no acaba nunca de amontonarse y encaramarse hasta la cúspide de sí mismo, mientras que en el siglo XVII, hasta el final del siglo XVII también, los museos y las bibliotecas no eran más que la expresión de una elección individual. En revancha, la idea de acumularlo todo, la idea de constituir una especie de archivo general, la voluntad de encerrar en un lugar todos los tiempos, todas las épocas, todas las formas, todos los gustos, la idea de construir un lugar de todos los tiempos que esté él mismo fuera del tiempo, inaccesible a su mordedura, el proyecto de organizar así una especie de acumulación perpetua e indefinida del tiempo en un lugar que no se mueva, pues bien: todo esto pertenece a nuestra modernidad. El Museo y la biblioteca son heterotopías propias de la cultural occidental del siglo XIX.

Frente a estas heterotopías, que están ligadas a la acumulación del tiempo, hay heterotopías que están ligadas, por el contrario, al tiempo en lo que éste tiene de más futil, de más pasajero, de más precario y esto bajo el tono de la fiesta. Son heterotopías no ya eternizantes sino absolutamente crónicas. Tales son las ferias, estos maravillosos emplazamientos vacíos al borde de las ciudades, que se pueblan una o dos veces por año de barracas, de mostradores, de objetos heteróclitos, de luchadores, de mujeres-serpiente, de decidoras de la buenaventura,... Recientemente también se ha inventado una nueva heterotopía crónica: son esos pueblos de vacaciones ; esos poblados polinésicos que ofrecen tres pequeñas semanas de una desnudez primitiva y eterna a los habitantes de las ciudades ; aquí las dos formas de heterotopías se juntan de nuevo: aquélla de la fiesta y aquélla de la eternidad del tiempo que se acumula, las hamacas de Djerba son en un sentido parientes de las bibliotecas y los museos, ya que volviendo a encontrar la vida polinesia,se ha abolido el tiempo, pero de esta manera es el tiempo lo que se vuelve a encontrar, es toda la historia de la humanidad que remonta hasta su fuente como en una especie de gran saber inmediato.

<u>Quinto principio</u>: las heterotopías suponen siempre un sistema de apertura y clausura que, a su vez, las aísla y las hace penetrables. En general, no se accede a un emplazamiento heterotópico como a un molino. O bien uno ya se encuentra allí encerrado, como en el caso del cuartel, el caso de la prisión, o bien es necesario someterse a los ritos, a las purificaciones. No puede entrarse en ellas si no es con cierta autorización y después de haber cumplido cierto número de gestos.

Hay también, además, heterotopías que están enteramente consagradas a estas actividades de purificación, purificación semi-religiosa, semi-higiénica como en las hamman de los musulmanes, o bien puramente higiénica sólo aparentemente, como en las saunas escandinavas.

Hay otras, por el contrario, que tienen el aire de puras y simples aberturas, pero que, en general, esconden curiosas exclusiones ; todo el mundo puede entrar en estos emplazamientos heterotópicos, pero a decir verdad, no es más que una ilusión: uno cree penetrar, y permanece, por el mismo hecho de entrar, excluído. Pienso, por ejemplo, en estas famosas habitaciones que existían en las grandes estancias del Brasil y, en general, de América del Sur. La puerta de acceso no conducía a la habitación central donde



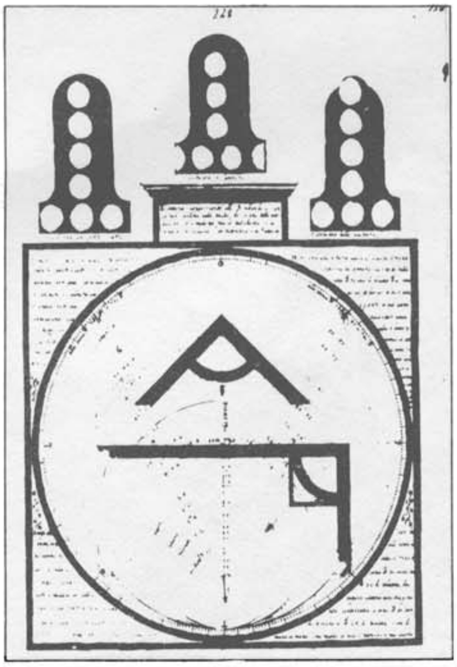


vivía la familia y todo individuo que pasara, todo viajero tenía el derecho de empujar esta puerta, de entrar en la habitación y,después, de dormir en ella durante una noche. Ahora bien, estas habitaciones eran de tal forma que, el individuo que pasaba por ellas no accedía jamás al corazón de la familia, era solamente el huésped de paso, y nunca realmente el invitado. Este tipo de heterotopía, que prácticamente ha desaparecido de nuestras civilizaciones, podría tal vez encontrarse hoy en las famosas habitaciones de los moteles americanos, donde uno entra con su coche y su amante y donde la sexualidad ilegal se encuentra al mismo tiempo absolutamente escondida y marginada, sin ser expuesta al aire libre.
El último rasgo de las heterotopías es que tienen, en relación al espacio restante, una función. Esta se desarrolla entre dos polos extremos. O bien juegan el papel de crear un espacio de ilusión que denuncia como más ilusoriamente todo el espacio real, todos los emplazamientos en cuyo interior está encerrada la vida humana. O bien, por el contrario, crean otro espacio, otro espacio real, tan perfecto, tan meticuloso, tan bien dispuesto como el nuestro está desordenado, descompuesto y confuso. Eso sería la heterotopía no de ilusión sino de compensación y me pregunto si no es un poco de esta manera que han funcionado ciertas colonias. En algunos casos, han jugado, a nivel de la organización general del espacio terrestre, el papel de la heterotopía. Pienso por ejemplo en el momento de la primera oleada de colonización, en el siglo XVII, en esas sociedades puritanas que los ingleses fundaron en América y que eran lugares otros absolutamente perfectos(...)
Meublés y colonias son dos tipos extremos de heterotopia y si se piensa, después de todo, que el barco es un trozo flotante de espacio, un lugar sin lugar, que vive por sí mismo, que está encerrado sobre sí, que está abandonado al mismo tiempo al infinito del mar y que, de puerto en puerto, de travesía en travesía, de burdel en burdel, llega hasta las colonias en busca de lo que ellas guardan de más precioso en sus jardines, se comprenderá por qué el barco ha sido seguramente para nuestra civilización, desde el siglo XVI hasta nuestros días, no sólo el mayor instrumento de desarrollo económico (no hablamos ahora de eso), sino la mayor reserva de imaginación. El navío es la heterotopía por excelencia.
En las civilizaciones sin barco los sueños se agotan, el espionaje reemplaza a la aventura y el policía al corsario.

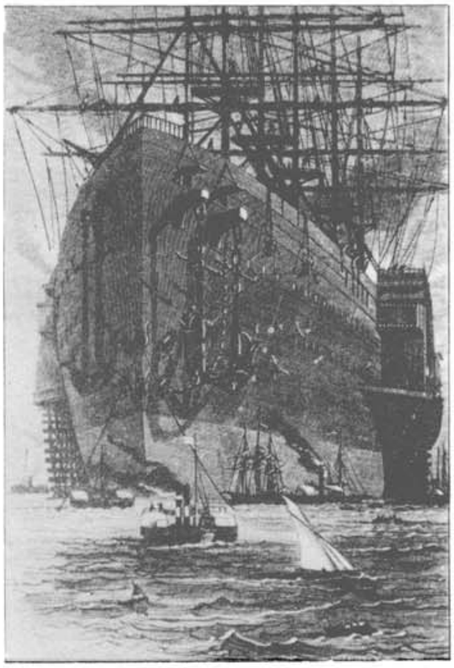
(...) Es necesario notar aquí que el espacio que aparece en el horizonte de nuestras inquietudes, de nuestra teoría, de nuestros sistemas, no es una innovación; el espacio mismo en la experiencia occidental tiene una historia y no es posible desconocer este cruce fatal del tiempo con el espacio. Se podría decir, para trazar a grandes rasgos esa historia del espacio, que en la Edad Media era un conjunto jerarquizado de lugares: lugares sagrados y lugares profanos, lugares protegidos y lugares colectivos (esto es, para la vida real de los hombres); para la teoría cosmológica existían lugares supra-celestes opuestos al lugar celeste; y el lugar celeste se oponía a su vez al lugar terrestre ; había los lugares donde las cosas se encontraban colocadas por haber sido desplazadas (de otros) violentamente y los lugares, por el contrario, donde las cosas encontraban su emplazamiento y reposo naturales. Toda esta jerarquía, esta oposición, este entrecruce de lugares constituía lo que podríamos llamar a grandes trazos el espacio medieval: espacio de localización.

Ese espacio de localización se abre con Galileo : porque el verdadero escándalo de la obra de Galileo no es tanto haber descubierto, haber redescubierto más que nada, que la tierra giraba alrededor del sol, sino haber constituído un espacio infinito e infinitamente abierto; de tal modo que el lugar de la Edad Media se encontraba en él de alguna manera disuelto: el lugar de una cosa no fue ya más que un punto en su trayectoria, así como el reposo de una cosa no fue más que su movimiento infinitamente retardado. Dicho de otro modo, a partir de Galileo, a partir del siglo XVII, el entendimiento sustituye a la localización.
En nuestros días, el emplazamiento sustituye al entendimiento que,a su vez, reemplazaba la localización. El emplazamiento está definido por las relaciones de vecindad entre puntos o elementos ; formalmente, se los puede describir como series, árboles, tramas.

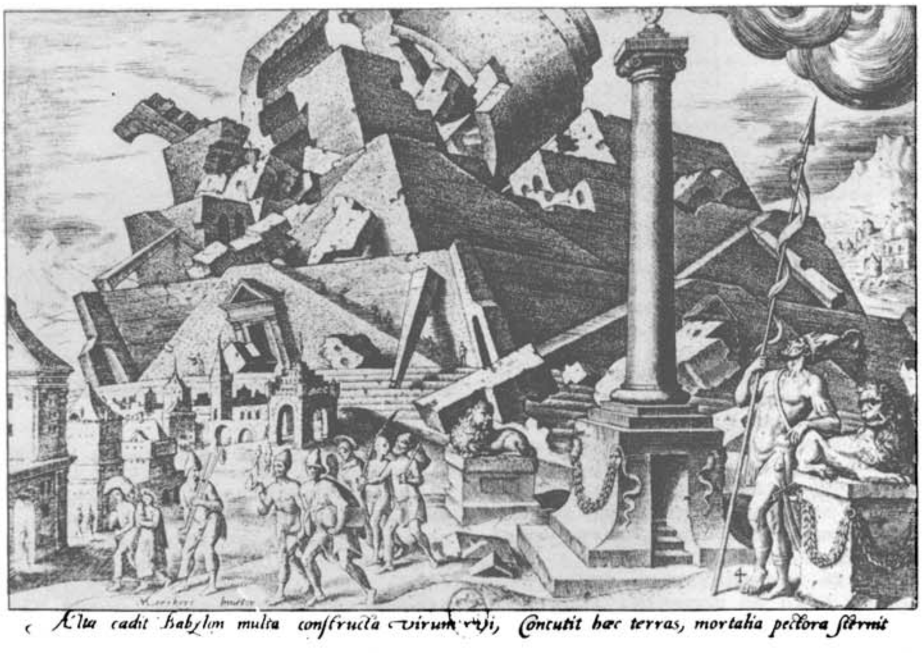
Por otra parte, es conocida la importancia de los problemas del emplazamiento en la técnica contemporánea : almacenamiento de la información o de los resultados parciales de un cálculo en la memoria de una máquina, circulación de elementos discretos, de salida aleatoria (simplemente como los automóviles o, después de todo, los sonidos en una línea telefónica), identificación de elementos marcados o codificados, en el interior de un conjunto dado, ya sean repartidos al azar, enmarcados en una clasificación unívoca, encuadrados en una clasificación plurívoca, etc...







Ilustraciones: en la página 7, sección de un escenario de J. Furttenbach; sección del Panorama français; en la página anterior, escenario para Les Noces de Pélée et de Thétis, de G.Torelli; Crusoé dans sa demeure; en esta página, lámina de artillería del tratado de Giorgio Vasari; Vue des attractions du jardin Ruggieri à Tivoli; ilustración de Une ville flottante, de Julio Verne; La ruina de la torre de Babel en un grabado holandes del XVI.



De forma todavía más concreta el problema del lugar o emplazamiento se plantea para el hombre en términos de demografía; y este último problema del emplazamiento humano no se reduce a la simple cuestión de si habrá bastante espacio para el hombre en el mundo -problema, después de todo, bien importante- es también el problema de saber qué relaciones de vecindad, qué tipo de almacenamiento, de circulación, de emplazamiento, de clasificación de los elementos humanos, deben ser escogidos preferentemente en tal o cual situación para proporcionar tal o cual fin. Estamos en una época en la que el espacio nos viene dado bajo la forma de relación de emplazamientos.

En todo caso, según creo, la inquietud de hoy concierne fundamentalmente al espacio, sin duda mucho más que al tiempo ; el tiempo no aparece probablemente más que como uno de los juegos de distribución posible entre los elementos que se distribuyen en el espacio.

Michel Foucault